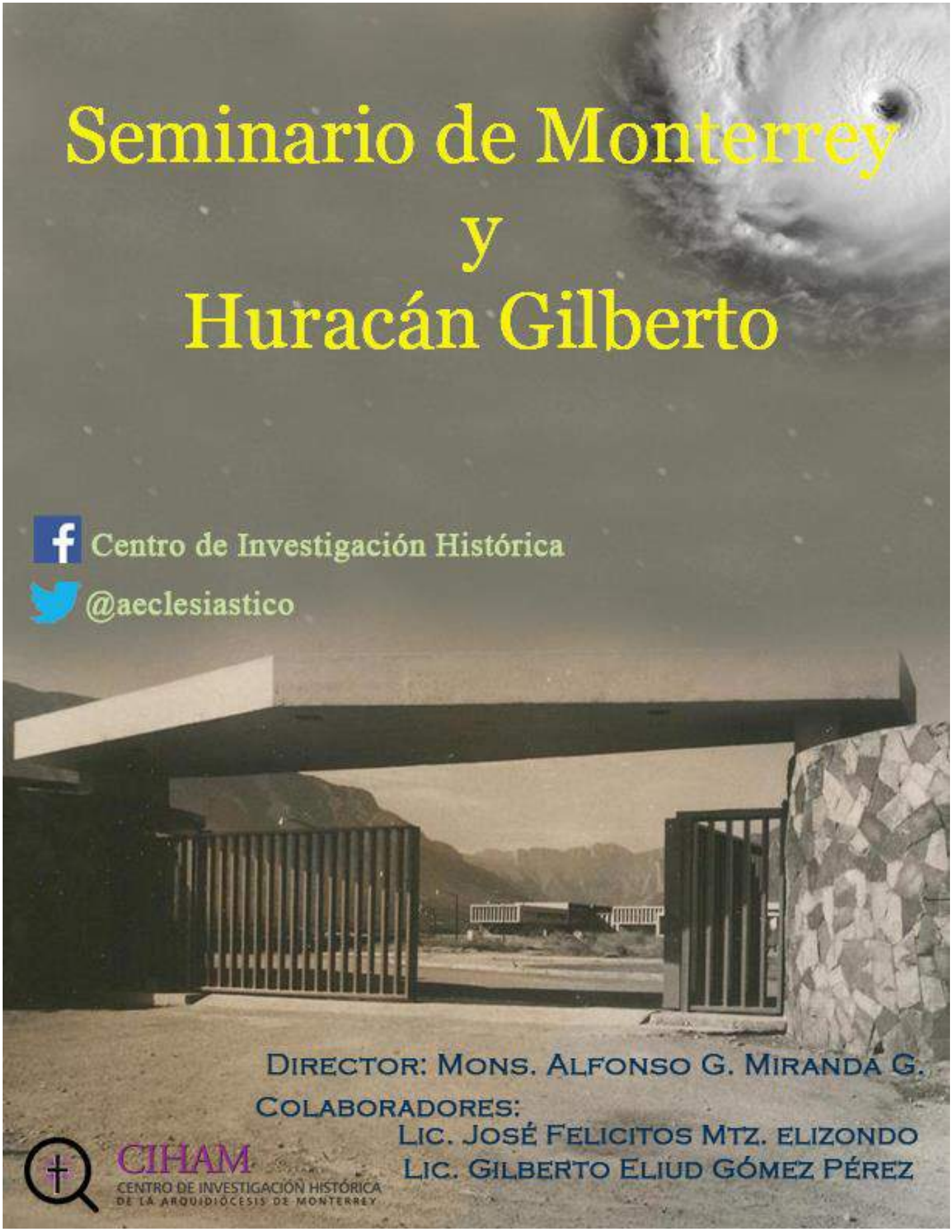
Seminario de Monterrey
y
Huracán Gilberto



Centro de Investigación Histórica

@aeclesiastico

DIRECTOR: MONS. ALFONSO G. MIRANDA G.

COLABORADORES:

LIC. JOSÉ FELICITOS MTZ. ELIZONDO

LIC. GILBERTO ELIUD GÓMEZ PÉREZ

CIHAM

CENTRO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DE LA ARQUIDIÓCESIS DE MONTERREY

“EL SEMINARIO DE MONTERREY” Y EL HURACÁN GILBERTO

I.- INTRODUCCIÓN

II.- INUNDACIONES Y HURACANES DE MONTERREY

III.- LA SIEMPRE CERCANÍA DE NUESTRA IGLESIA EN LAS TRAGEDIAS: EL HURACAN GILBERTO.

1) La llegada del huracán Gilberto

2) Prevención de una tragedia aún mayor

3) El bello rostro de la caridad de nuestra iglesia.
   a) Puertas abiertas del Seminario… y en salida por los necesitados.
   b) Una ayuda organizada ante un evento fuera de lo común.
   c) Y las religiosas Oblatas de Jesús Sacerdote… no se hicieron esperar.
   d) Anécdota

IV.- UNA EXPERIENCIA, ENSEÑANZA… INOLVIDABLES.

I.- INTRODUCCIÓN

Como todos sabemos, el agua es un elemento indispensable para la vida, instrumento útil para el progreso y bienestar, la cual ha favorecido y ayudado a la agricultura y demás actividades del hombre. Las grandes civilizaciones han nacido y desarrollado en zonas cercanas a los abastecimientos de agua, como los cauces de ríos; por lo que Monterrey no ha sido la excepción. A lo largo de nuestra historia, en el desarrollo de nuestra ciudad, se han verificado dramáticas inundaciones, en donde pocas horas han sido suficientes para que el agua reclame su derecho de paso, llenando y desbordando nuestros ríos y calles, deformando el rostro de nuestra ciudad y cuestionando nuestra infraestructura urbana.

Uno de los protagonistas de estos hechos ha sido el Río Santa Catarina, apacible y tranquilo por lo general, pero que, como lo diría el cronista Alonso de León en el siglo XVII: "en septiembre se abrían las cataratas del cielo, y se inundaban las incipientes calles…". Son esos días en que el río retoma su camino reclamando sin tregua lo que a través de la urbanización se le ha quitado.

Desde la fundación de nuestra ciudad en el año de 1596, Monterrey ha tenido un gran número de lluvias torrenciales y huracanes trayendo consigo lamentables pérdidas humanas y materiales.

El río Santa Catarina nace cerca de Coahuila, en la Sierra de San José. Sus cauces cruzan los municipios de Santiago, Santa Catarina, San Pedro, Monterrey, Guadalupe, Juárez y Cadereyta.

II.-INUNDACIONES Y HURACANES DE MONTERREY

Desde principios del siglo XVII se han registrado más de 25 huracanes, que desde el Golfo de México han entrado a nuestro estado afectándolo gravemente. Esto nos da como promedio aproximado de que cada 20 años se registre un fenómeno de esta naturaleza en nuestra ciudad. Enseguida les relatamos algunos de ellos.

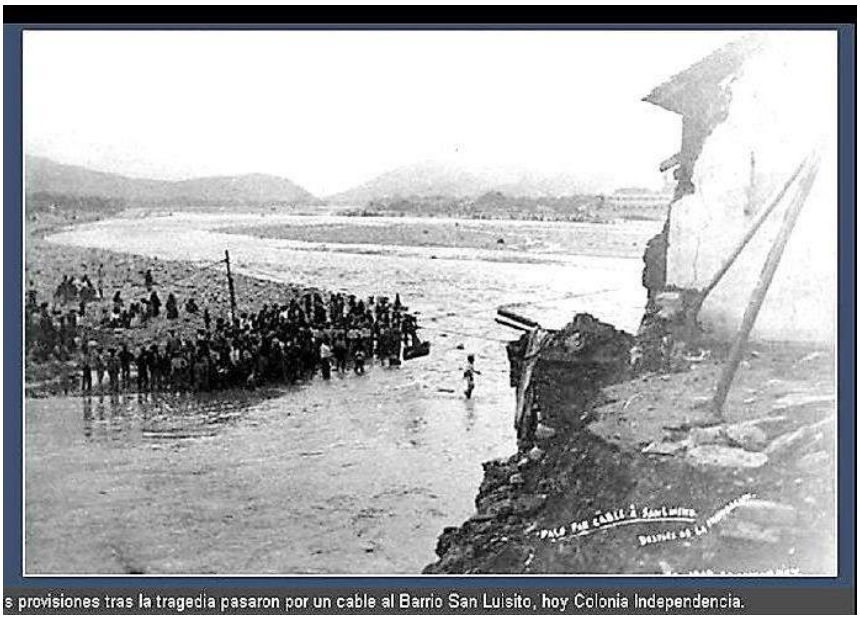
En Monterrey se registra la primera inundación en el año 1612; a 16 años de su fundación. En esa ocasión la mitad de las casas fueron derrumbadas por el fenómeno, por tal motivo la ciudad fue reubicada a la altura de la Plaza Zaragoza.

En el año1636 se registra la segunda inundación. Alonso de León nos habla de ella: "relata que los torrenciales aguaceros derribaron todas las casas de Monterrey, dejándola hecha un desierto…". Posteriormente hace alusión a otras dos en los años de 1642 y 1648, las cuales seguramente tuvieron impacto entre los regiomontanos de aquella época, pero que no gozan de tanto auge histórico. (Actas de Cabildo. Volumen 999, Exp. 19776/008).

Otra de las grandes inundaciones registradas hace ya casi 300 años, se dio en el año de 1716, ya cuando la ciudad estaba un poco más establecida. En el libro "Monterrey 400, se relata: "… caen sobre suelo regiomontano copiosos aguaceros que duraron más de 40 días, al grado que las aguas del río Santa Catarina rebasaron su cauce… Según la leyenda, la zapatera Antonia Teresa sacó la imagen de una Virgen que tendió sus manitas para apaciguar las aguas, naciendo así el culto a la 'Virgen Chiquita', como es conocido ese ícono de la Virgen de la Purísima".

A finales del mes de agosto de 1909, cuando Monterrey contaba con cerca de 80,000 habitantes, fue trastocada la aparente tranquilidad que se vivía en la ciudad por un devastador huracán. Hubo varios días de lluvias generalizadas, donde el caudal del río Santa Catarina aumentó a tal grado que el agua desbordó e inundó toda la ciudad causando una gran destrucción; manzanas enteras desaparecieran junto con sus moradores. Cerca de cinco mil personas perdieron la vida. El noventa por ciento de las construcciones resultaron completamente destruidas.

La Colonia Independencia, la cual tomaría este nombre al siguiente año por los festejos del Centenario de la Independencia de México, fue una de las primeras víctimas de este fenómeno meteorológico. Cabe mencionar que en este barrio, aún llamado "Barrio San Luisito" en ese año, vivían trabajadores que en su mayoría procedían de San Luis Potosí, quienes laboraban en la Fundidora y construían el Palacio de Gobierno, los cuales se habían establecido en los márgenes y el lecho del río Santa Catarina.



s provisiones tras la tragedia pasaron por un cable al Barrio San Luisito, hoy Colonia Independencia.

En esta inundación de nuestra ciudad, siendo la primera registrada fotográficamente, aparece el río Santa Catarina con sus márgenes que abarcaban, de norte a sur, desde la actual calle Hidalgo, hasta cerca de donde hoy se ubica la Basílica de Guadalupe.
Decía un cronista: "Pero la tragedia trae a su lado al heroísmo, destacando la Iglesia, los cuerpos de Policía y Bomberos… Todos a su manera improvisaron actos de rescate y asistencia".

Del 20 al 24 de septiembre de 1967 el Huracán Beulah, considerado el huracán más fuerte de la Temporada de huracanes en el Atlántico de 1967, atravesó el estado de Nuevo León, el cual a su paso por el Golfo de México, antes de pasar por nuestro estado, adquirió categoría 5, con vientos cuya velocidad alcanzaron los 260 km/hr.

Este fenómeno causó grandes daños a los municipios de Nuevo León. Por ejemplo, el poblado los Rodríguez del municipio de Anáhuac quedo devastado, y en Monterrey hubo muchas zonas inundadas donde el nivel del agua alcanzó hasta un metro; incluso en los lugares más altos de la ciudad. Pero en cambio, *en esta ocasión las aguas del río Santa Catarina se mantuvieron dentro de su cauce.*

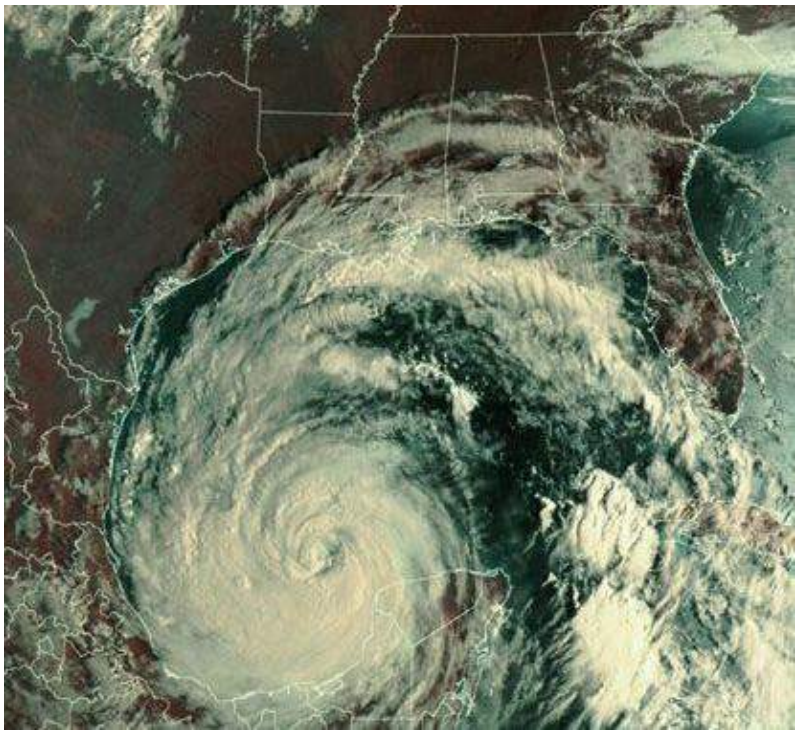
Además, el huracán "Beulah", el cual tocó tierra entre Brownsville y la boca del Río Grande, dejó cerca de 80 centímetros de lluvia en algunas partes del sur de Texas provocando inundaciones y alrededor de 115 tornados, estableciendo un nuevo récord del mayor número de tornados producidos por un ciclón tropical, lo cual causaron la muerte de 58 personas.

III.- LA SIEMPRE CERCANÍA DE NUESTRA IGLESIA EN LAS TRAGEDIAS: EL HURACÁN GILBERTO.

Ya desde antiguo se ha narrado el papel tan importante y destacado de colaboración que ha ejercido nuestra Iglesia en los momentos de tragedias; y el Huracán Gilberto, conocido en México también como "el huracán del siglo XX", de septiembre de 1988, no fue la excepción. La ayuda de nuestra Santa Madre Iglesia no se hizo esperar.

1) LA LLEGADA DEL HURACÁN GILBERTO

Todo inició el 8 de septiembre de 1988, fecha en que se formó la depresión tropical No. 12 de la temporada, la cual, dos días después se transformaría en el que hoy conocemos como el huracán "Gilberto", el cual alcanzó vientos máximos de 296 km/h., colocándose como el tercer huracán con vientos más intensos desde que se tiene registro. La Organización Meteorológica Mundial (OMM) lo tiene considerado como uno de los más intensos y devastadores registrados en el océano Atlántico durante el siglo XX, el cual asoló el Caribe y el golfo de México por cerca de nueve días. Inició su trayecto en las Antillas Menores, cruzó el Caribe y el Golfo de México, y culminó en Monterrey el viernes 16 de septiembre.



Primero llegó a Jamaica, enseguida a la península de Yucatán, en México, como un huracán de categoría cinco, y posteriormente impactó tierra por tercera y última vez por San Fernando, Tamaulipas.

En Matamoros pensaron que tomaría la dirección hacia ellos, por lo que muchos tamaulipecos arribaron a nuestra ciudad creyendo en ella encontrar refugio. Pero inesperadamente el huracán cambio su curso hacia Monterrey, trayendo un gran caos y confusión, y causando más pérdidas humanas y destrozos en Monterrey, que en el estado completo de Tamaulipas.

2) PREVENCIÓN DE UNA TRAGEDIA AÚN MAYOR

Durante los años ochenta las invasiones de tierra y el flujo de migrantes a Monterrey se acentúo, y el lecho del río Santa Catarina se convirtió en uno de los sitios elegidos para los asentamientos irregulares, por eso cuando se recibieron los primeros reportes acerca de la aproximación del huracán la mañana del 16 de septiembre, se montó un operativo de prevención en áreas de riesgo que incluyó la evacuación de los residentes de zonas bajas y de los cauces de ríos y arroyos.
El huracán Gilberto, cuyo ojo pasó casi por encima de nuestra ciudad de Monterrey, ingresó a nuestro estado, como un potente huracán de categoría entre 2 y 3. Entró por Linares, Montemorelos y Allende, y se estrelló en la Sierra Madre Oriental, en los límites con Coahuila, donde la circulación de sus vientos interactuaron con la elevación del terreno, generando torrenciales precipitaciones la noche del viernes 16 de septiembre y la madrugada del sábado 17, provocando inundaciones devastadoras en la zona del altiplano de Nuevo León.

Las 10 pulgadas de lluvia recibidas en las montañas explican la violenta avenida en los afluentes del río Santa Catarina, con crecientes de cuatro mil metros cúbicos por segundo, que arrastraron todo a su paso. Las precipitaciones inhabilitaron las carreteras de Monterrey a Saltillo, Laredo, Monclova, Reynosa, Ciudad Victoria, y la vía férrea a México quedó obstruida. La ciudad quedó incomunicada.

3) EL BELLO ROSTRO DE LA CARIDAD DE NUESTRA IGLESIA.

El Huracán Gilberto sacudió las fibras más sensibles en los corazones de las personas, en los lugares por donde su furia descargaba. Provocó grandes daños, pero la gente no se quedó expectante, muchos se arremangaron la camisa y salieron en ayuda del necesitado, de quien padecía la angustia por no saber dónde se encontraban sus familiares o amigos, para dar consuelo a quien sufría la pérdida de un ser querido. Fue duro el paso del huracán Gilberto por Monterrey, que incluso las mismas autoridades civiles y toda ciudadanía no se daban abasto para una contingencia de tal magnitud. Pero ¿dónde estuvo el Seminario, nuestras parroquias y en general nuestra Iglesia en el “Gilberto”?

a) Puertas abiertas del Seminario… y en salida por los necesitados.

Hay incontables y bellos testimonios en los que se constata la gran labor que hizo la Iglesia ante este desastre natural. Uno de estos testimonios nos lo ha compartido el padre Julián Armendáriz, quien vivió aquel impresionante suceso y fue uno de los seminaristas que estudiaba el 4to. año de Teología, y era de los responsables de la edición de la Revista San Teófimo. Su testimonio versa así: "Recuerdo que estábamos en la división (viernes 16 de septiembre), que está frente a la barda del seminario, a cargo del padre Eduardo Patiño, y la recámara la teníamos arriba. Desde allí podíamos ver muy bien a nuestros vecinos que estaban en la orilla del río. Y como a las 11:00 pm, ya estando todos dormidos, nos empezamos a despertar al comenzarse a escuchar mucho ruido, mucho escándalo y gritos. Se suponía que yo me tenía que ir a Cerralvo de apostolado al día siguiente, y me preguntaba cómo le podría hacer para ir, y el padre Patiño me dijo: ´Pues, ni le hagas, ni le muevas, mejor quédate hasta que todo se tranquilice'.

Se fue la luz. Pero sí se veía todo el río llenísimo de agua; parecía una película. Entonces nos empezamos a mover, preguntándonos: ¿qué pasó?, ¿cómo es que de pronto el río lleva tanta agua? Pero no fuimos los únicos que nos sorprendimos al ver las aguas embravecidas del río. Cuando el padre Rector Miguel Ángel Alba Díaz vio aquel cuadro, en el que el río se desbordaba, no espero más, y de inmediato mandó a varios seminaristas para que fueran por la gente que vivían a las orillas del río para que pasaran al Seminario a ser albergados y poder estar seguros; se les abrió de lado a lado las puertas del Seminario.
El seminarista Armando Arizola, de 3ro. de Teología, comenta al respecto: "Cuando el padre Rector se dio cuenta de lo ocurrido, él mismo fue quien nos puso el ejemplo de salir a las colonias vecinas para cargar con niños en los brazos y en la espalda, y así poder llevarlos al Seminario… había personas de edad avanzada que no podían caminar y otras que batallaban hacerlo en medio del lodo, a tal grado que se tenían que llevar cargando".

Para las doce y media de la noche, eran ya alrededor de 2500 personas las que estaban en el Seminario.

Las personas siguieron llegando durante toda la madrugada, por lo que para amanecer, ¡ya habían llegado aproximadamente 3500 personas! Los acomodamos en los largos pasillos del Seminario. Allí ellos tenían sus cosas que lograron rescatar, y no se movían más que para lo necesario".

b) Una ayuda organizada ante un evento fuera de lo común.

El padre Rector junto con los padres formadores se organizaron de inmediato para atender a todas las personas que estaban llegando, por lo que formaron dos comisiones bases: la Comisión interna y la Comisión externa, o de apoyo.
La Comisión Interna contaba con áreas, como: entrada al seminario, vigilancia, limpieza, cocina, sacristía, sonido, enfermería, lavandería, recreación de niños, entre otras. Muchas de estas comisiones eran atendidas las 24 horas del día a través de tres turnos.
La Comisión Externa, o de apoyo realizaba actividades que ayudaran a motivar y favorecer una respuesta adecuada a las necesidades del albergue, y en especial para las colonias afectadas, en orden prioritario para quienes perdieron todos sus bienes.

El padre rector Miguel Ángel Alba, junto con los padres formadores, estuvieron siempre supervisando personalmente todas las atenciones que se brindaban para hacerlas siempre de la mejor manera.

El padre Julián nos cuenta: "Recuerdo que el padre Eduardo Patiño estaba con nosotros como encargado, y era quien organizaba a los seminaristas de mi generación. El padre Juan José Hinojosa Vela era el director espiritual y también ayudaba. Él daba clases en el Seminario Menor y en el Mayor*, pero no vivía en ninguna de las divisiones, vivía cerca de rectoría.
Después lo que buscamos fue realizar un control para poderle servir mejor a las personas, porque debido a la situación en la que se encontraban se suscitaron diversos conflictos: robos, abusos, discusiones, etc.

Nosotros nos encargamos de atenderlos y nos dividíamos para poder darles el alimento, el agua, el jabón, etc. Cada una de las divisiones, junto con el padre encargado, se repartieron las comisiones para atender las diversas necesidades que iban surgiendo.
Se suspendieron clases, y tuvimos que hacer turnos entre los mismos seminaristas para cuidar a la gente durante la noche para que no tuvieran problemas. A quienes les tocaba vigilar tenían que andar entre los pasillos durante toda la noche para que toda la gente estuviera en su lugar".

El seminarista Víctor H. Ballesteros, de 2do. De Teología, en la Revista de San Teófimo nos decía: "El que toda la comunidad se fuera formando la idea de participar de una manera organizada, respetando incluso los horarios de comida y de baño, fue resultado de las juntas que con cierta regularidad se llevaban a cabo con los adultos y jóvenes en la capilla y dirigidas por el padre Rector. La finalidad era favorecer la vida comunitaria, buscar soluciones a los problemas que vivíamos, motivar constantemente a no perder los valores de la sencillez, honradez, trabajo, unidad, solidaridad, sinceridad en base a todas las circunstancias anormales que se podían presentar".

* Recordemos que el Seminario Mayor y Menor estaban juntos en San Pedro Garza García.

c) Y las religiosas Oblatas de Jesús Sacerdote… no se hicieron esperar.

La Madre Rosa, nos contaba en la Revista de San Teófimo: "Era el día 16 de septiembre, alrededor de las 11:30 pm, cuando la Madre Superiora Nati y yo, nos cerciorábamos de que las puertas y ventanas de la cocina estuvieran bien cerradas, para que el aire no estuviera azotándolas, pues habíamos escuchado que el huracán Gilberto había ya entrado a Monterrey. Fue en ese momento que nos sorprendió que el teléfono sonara: Era el Padre Rector pidiéndonos que por favor preparáramos agua para café y algo de leche caliente, porque algunas personas empezaban a llegar al Seminario a causa del peligro que representaba la gran crecida del río por las intensas lluvias.

Al momento nos pusimos a calentar 20 litros de agua para café y otros 20 litros de leche. Era un gran trabajo, por lo que gracias a Dios, cerca de la una de la mañana, llegaron a ayudar en la cocina dos seminaristas de Teología, quienes nos comunicaron que para esa hora eran ya cerca de 500 personas, y seguían llegando. Para la mañana siguiente ya eran cerca de 3500 los que ya estaban atendidos.
En ese momento le preguntaba a la Madre Nati: ¿qué vamos a dar de comer a tanta gente? Y comenzamos a repartir las cajas de galletas que teníamos juntamente con el café preparado y la leche, mientras los seminaristas ayudaban a la gente a organizarse de tal manera que ya quedaran instalados.
Al amanecer preparamos el desayuno con seis cajas de huevo que teníamos, y además preparamos algunos biberones para los niños más pequeños.
Cuando me pidieron pañales, pensé ¿de dónde los voy a sacar?, en ese momento se nos ocurrió romper las sábanas que todavía habían quedado en la ropería, fue como de esa manera que las señoras pudieron cambiar a sus bebés. Creo que ya me sentía cansada, pero con la ayuda de Dios y el apoyo de los seminaristas salimos adelante", comentaba la Madre Rosa.

Poco a poco se fueron despejando los pasillos, y se desalojaron completamente cumplidas la segunda o tercera semana después del huracán.
Las 3500 personas duraron aproximadamente 3 o 4 días, después se fue desalojando el albergue paulatinamente. La manutención se logró gracias al apoyo de muchas parroquias, Cáritas, y diversas empresas privadas quienes apoyaron al sostenimiento de las personas mientras estaban en el Seminario. Cabe mencionar que varias parroquias también, a lo largo de toda la diócesis, abrieron sus puertas para albergar a todas las personas necesitadas.

d) Anécdota

Nos comenta el padre Julián: "recuerdo que en ocasiones las personas nos pedían cosas que nosotros no entendíamos, y cuando le preguntábamos al rector, sólo se reía. Por ejemplo en varias ocasiones las mujeres nos pedían toallas y les llevábamos las toallas con las que uno puede secarse después de bañarse".

IV) UNA EXPERIENCIA INOLVIDABLE LLENA DE MUCHA ENSEÑANZA.

El padre Julián, comentó: "Esta experiencia me enseñó a estar siempre atento a las necesidades de las personas que me rodean. Y añadió: El padre Rector Miguel Ángel nos pidió que sacáramos la edición especial de la Revista de San Teófimo, acerca del huracán Gilberto. Ante las críticas de ello, dijo: Independientemente de lo que digan, se debe hacer, porque la gente también tiene derecho a saber qué se hace en el Seminario y de que hacemos cosas buenas. Porque no solamente estamos rezando; estamos inmersos en la realidad".

La llegada del Huracán Gilberto el viernes 16 de septiembre, y los sucesos que desencadenó, impactaron sobremanera la vida del Seminario de Monterrey, dejando en todos sus miembros una huella profunda de la importancia de descubrir el rostro de Cristo en el hermano sufriente… Con tristeza y preocupación, pero siempre en acción, vimos de cerca los rostros angustiados de mucha gente que ante la crecida del río Santa Catarina vieron siempre abiertas las puertas del Seminario, en donde pudieron encontrar la ayuda oportuna que necesitaban y esa palabra de esperanza que tanto se necesita en esos momentos.
Fueron recibidos con una gran disposición, aunque no fue fácil atender a más de 3,000 hermanos que requerían de lo más indispensable, pues muchos de ellos habían perdido todo. Este hecho ha pasado a formar parte de la historia de cada una de nuestras vidas pero más aún de la historia del Seminario.

En palabras de Mons. Miguel Ángel Alba Díaz, actual obispo de La Paz, Baja California, quien fuera en ese tiempo el Rector del Seminario de Monterrey, dijo con el corazón inflamado de amor y verdad**: "El Seminario no sólo abrió sus puertas a los damnificados, también abrió su corazón".**

Mons. Juan José Hinojosa, quien vivió tal acontecimiento, nos decía: "el Seminario de Monterrey abrió sus puertas para que todos los que vivían a sus alrededores, que eran muchos, se pasaran a protegerse; allí se les dio de almorzar, comer y de cenar. Por cierto se acabó toda la provisión que las madres tenían para esa semana, porque eran cientos de personas las que había.
De las parroquias mandaban despensas, mandaban ayuda y el Seminario todo lo que tenía lo utilizaba en la gente. De veras, me gustó mucho que la Iglesia hiciera un papel tan hermoso. Esto duró como dos semanas o tres.
Por cierto, llegó un helicóptero y aterrizó en el campo de futbol, se bajaron unas cuantas despensas y los fotógrafos tomando fotos y de todo".

El padre Luis Adrián García Villarreal, quien entró al Seminario después de haber acabado sus estudios de medicina, y quien en ese momento cursaba III de Teología, comentaba en la Revista de San Teófimo: “Confieso que en un primer momento me sentí nervioso, porque eran varios casos a la vez, porque tenía ya tiempo de no ejercer con frecuencia, y además, por la grave responsabilidad de atenderlos con casi nada de instrumentos médicos que necesitaba. Pero considero, que pese a todo esto, gracias a Dios todo salió adelante y no hubo problema alguno que no se resolviera.
Y añadió: “Creo que la mayoría de nosotros tendemos hacia una preocupación por las cosas personales, y hasta cierto punto es necesario, sin embargo nos llegamos a olvidar completamente de los demás en algunas ocasiones, y aunque tengamos la necesidad de hacer un bien a nuestro prójimo, dejamos pasar las oportunidades y desatendemos esas ocasiones en las que nuestro hermano nos puede estar gritando ´auxilio`.

Lamentablemente esperamos a que surjan acontecimientos extraordinarios para hacernos notar. Y una muestra de esto es el acontecimiento del huracán Gilberto, acontecimiento que ha estremecido a muchos, haciéndonos reaccionar y salir de nosotros mismos”.

Ante tal acontecimiento hemos decidido no enmudecer. Honor a quien honor merece. Es por ello que el “Centro de Investigación Histórica” ha querido dedicar este artículo como ofrenda a Dios por su bondad, a los obispos, a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles de las comunidades parroquiales que ofrendando la vida por el hermano salieron de sí para donarse a quien más lo necesitaba. Pero también lo dedicamos a los que vienen detrás de nosotros, a las jóvenes generaciones que un día tomarán la estafeta de la historia, “porque si hoy podemos ver más lejos, sólo es porque estamos parados sobre los hombros de hombres y mujeres gigantes que nos han precedido”.

Alabado sea Jesucristo, nuestro Salvador.

Septiembre 15 de 2015

CIHAM
CENTRO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA
DE LA ARQUIDIÓCESIS DE MONTERREY